

# ZOMBIES 2

ANTOLOGÍA DE  
JOHN JOSEPH ADAMS

minotauro

## INTRODUCCIÓN

*John Joseph Adams*

Resulta que los zombies no quieren morir, en serio.

Cuando Night Shade Books y yo compilamos la primera antología *Zombies* hace un par de años (a la que me referiré como «Volumen Uno»), teníamos la sensación de que los zombies serían un éxito, pero no creo que ninguno de nosotros llegara a imaginar la gran acogida que acabarían teniendo.

El libro se publicó en septiembre de 2008, en Estados Unidos, en lo que parecía ser el momento adecuado; íbamos a salir justo en el auge de la popularidad de los zombies. Pero parece que, desde entonces, esta popularidad no ha hecho más que crecer, desencadenando consigo una auténtica fiebre.

En el último par de años han aparecido un montón de zombies en todos los medios. Películas (*Cuarentena*; *REC2*; *Deadgirl*; *El diario de los muertos*; *La resistencia de los muertos*; *Zombies nazis*; *Zombie Strippers*, *Bienvenidos a Zombieland*), videojuegos (*Plantas vs. Zombies*, *Dead Rising 2*, *Dead Space*, *Left 4 Dead*, *Left 4 Dead 2*) y una auténtica horda de libros (*Orgullo y Prejuicio y Zombies*, y su continuación; libros de varios de los autores que participan en esta antología, e incluso una novela zombie de la saga de *La guerra de las galaxias*, llamada *Las tropas de la muerte*). Además, se está preparando una adaptación a la pantalla de *Guerra Mundial Z*, de Max Brooks, y *The Walking Dead*, de Robert Kirkman, se ha convertido en una serie de televisión.

Todo esto es de lo que me acuerdo ahora a bote pronto; pero si quisiera hacer una lista exhaustiva, estoy seguro de que sería diez veces más larga. Si te apetece tener zombies en todos tus momentos de ocio, creo que no te costará mucho encontrar cosas que ver, leer o a las que jugar, todas plagadas de caos zombie.

Pero como los zombies han seguido dominando la cultura

popular, y el Volumen Uno fue tan bien recibido por el público y la crítica, ha sido fácil tomar la decisión de preparar un segundo volumen de relatos de zombies; después de todo, incluso con 230.000 palabras, ¡no pude poner en el primer libro todo lo que quería!

Y si bien es evidente que el público no se harta de los zombies, pues bueno, supongo que es igual de evidente que yo tampoco.

Hablemos un poco de esta antología en concreto, y en qué se parece y se diferencia del Volumen Uno.

El Volumen Uno estaba compuesto en su totalidad de reediciones (excepto por un cuento original, de John Langan), pero, en su mayoría, los relatos de este volumen son originales, mezclados con reimpresiones selectas. Veinticinco relatos de los cuarenta y cuatro aparecen por primera vez en esta antología.

Dada la popularidad de los zombies en la cultura moderna, a muchos escritores les ha entrado el gusanillo de escribir sobre muertos vivientes, así que no fue difícil encontrar autores que quisieran participar en este libro. Encargué a las figuras más destacadas de la literatura de zombies, como Max Brooks (*Guerra Mundial Z*), Robert Kirkman (*The Walking Dead*), David Wellington (*Zombie Island*), Brian Keene (*The Rising*) y otros, así como a algunos de los autores más vendidos y a las nuevas promesas de la ciencia ficción, la fantasía y el terror, que escribieran relatos originales. ¡Y vaya si lo hicieron!

Para el Volumen Uno, seleccioné relatos que me parecieran representativos de lo mejor de lo mejor y que, entre todos, mostraran el amplio abanico del que la literatura de zombies es capaz. En esta ocasión, como mi intención era incluir las mejores historias inéditas, me centré en encontrar el mejor material que no hubiera aparecido en ninguna antología de zombies. Así que, aunque diecinueve relatos ya han sido publicados, es muy probable que, incluso si eres un fan acérrimo de los zombies, sean nuevos para ti.

Para acabar esta introducción, volvamos al principio: ¿Por qué resultan tan atractivos los zombies?

Desde que se publicó el Volumen Uno, ésa es una de las preguntas que me formulo con más frecuencia. (Es una pregunta bastante curiosa, como si hubiera alguna razón por la que los zombies no debieran ser populares. ¿Acaso pregunta la gente a los jugadores de fútbol por qué el fútbol es un deporte tan popular?)

No puedo decir que sepa exactamente por qué a la gente le encantan los zombies, pero hay varias teorías generales sobre su popularidad.

Los zombies son:

- un enemigo que solía ser como nosotros, en el que nos podemos convertir en cualquier momento;
- un lienzo que los escritores pueden usar para escribir sobre casi cualquier tema;
- una forma libre de prejuicios morales de cumplir las fantasías de destrucción mundial;
- un monstruo que sigue asustando y que no es fácil de idealizar.

Estoy convencido de que todo eso forma parte de la respuesta, y de que podríamos seguir especulando hasta aburrirnos; seguro que en este momento hasta se están redactando tesis sobre el tema. Pero una cosa está clara: los zombies no van a desaparecer pronto, y será mejor que aprendamos a convivir con ellos.

## SOLOS, JUNTOS

*Robert Kirkman*

Robert Kirkman es conocido por su trabajo en el mundo del cómic. No en vano es el creador y guionista de la serie *The Walking Dead*, obra que ha recibido el aplauso de la crítica y cosechado importantes ventas, y que está considerada por muchos (entre los que me cuento) como una de las grandes series de cómic de todos los tiempos. También ha escrito para las sagas *Invincible*, *Haunt* y *The Astounding Wolf-Man*, y ha colaborado en numerosas colecciones de Marvel, entre las que se incluyen *Marvel Zombies*, *Capitán América*, *Ultimate X-Men* y *Los 4 Fantásticos*. A pesar su larga trayectoria como guionista, «Solos, juntos» es su primera obra de narrativa que se publica.

En *The Walking Dead*, Robert Kirkman se propone contar un tipo distinto de historia de zombies. La mayoría de las historias de zombies se centran en lo que sucede en un período de tiempo breve de peligro intenso (durante una única noche, como ocurre en la versión original de *La noche de los muertos vivientes*, o, como mucho, a lo largo de un par de días o de semanas), y en las vicisitudes de una serie de personajes que han de eludir a los depredadores y conseguir los elementos básicos para la supervivencia: comida, refugio y armas.

*The Walking Dead* sigue a sus personajes a lo largo de meses y meses en su ardua búsqueda de la supervivencia y, lo que es más importante aún, en su afán por mantener la cordura. En las historias que se cuentan en el cómic se ofrecen descarnados retratos de situaciones de desmoronamiento psicológico (el sentimiento de culpa del superviviente, la depresión y la desesperanza), así como pinceladas de humor negro y pequeños actos de humanitarismo que impiden a las personas rendirse. Los zombies del cómic son una amenaza permanente, pero durante largos tramos del relato quedan relegados a un segundo plano y ceden el protagonismo al entramado emocional de los personajes a medida que éstos luchan, se derrumban, se enamoran, pierden la esperanza y, en última instancia, salen adelante... o no, ya que estamos ante una representación descarnada, hiperrealista, de un mundo en el que nadie está a salvo. Los personajes apren-

den, de la peor manera posible, que hay supervivientes más peligrosos que los propios zombies y que el peor enemigo de todos es uno mismo.

El primer relato de esta antología comparte este protagonismo de la psicología humana. Estamos a la vez ante una historia de zombies y de amor, ante la historia de un hombre corriente que se ve inmerso en una situación terrible y de la mujer que podría ser su última esperanza para salir de ella con vida.

Iba vestida como una detective privada de una serie de televisión de bajo presupuesto: pantalones informales, zapatos de tacón medio y la gabardina más ridícula que había visto jamás, una de esas cortas que quedan justo por encima de la rodilla. No pude evitar echarme a reír, y fue evidente que mi reacción la molestó, aunque se esforzó por disimular su fastidio mientras apretaba un dedo contra mis labios para hacerme callar y me empujaba delicadamente al interior de mi apartamento.

Llevábamos saliendo cerca de tres meses; se cumplían al día siguiente, y se suponía que íbamos a hacer algo juntos. Ahora soy incapaz de recordar exactamente qué, pero le había surgido un imprevisto de última hora en el trabajo, así que me había llamado para decirme que quería verme esa misma noche. Creo que no pasaron ni cinco minutos desde que colgué el teléfono hasta que llegó; debía de haberme llamado viniendo de camino. No llevaba nada en las manos. No traía ningún regalo, lo cual me hizo sospechar.

Cerró la puerta, me regaló una sonrisa pícaro y se abrió la gabardina. No exagero si afirmo que ese momento me cambió la vida. Sus pantalones acababan un poco por encima del borde de la gabardina: había cortado las perneras de unos pantalones y las había enganchado a un ligero.

No llevaba nada más debajo de la gabardina.

Mentiría si dijera que la escena no resultaba ligeramente ridícula, pero en ese momento lo último que me preocupaba era lo irrisorio de su aspecto. Estaba espléndida, maciza en el buen sentido de la palabra, con su cabellera negra y sus ojos radiantes. Al instante me enamoré de ella, irremediabilmente, hasta los tuétanos... todas esas cosas que suelen decirse. Yo ya sabía que era una mujer inteligente, divertida, cariñosa y con toda

esa clase de virtudes, pero nada más contemplar aquella obra digna de un genio –aquellas perneras cortadas para representar el clásico gag de «desnuda bajo la gabardina»– y comprender el tipo de mente y la preparación que requería algo tan absolutamente estúpido, supe que aquella mujer estaba hecha para mí.

Le pedí que se casara conmigo en ese mismo momento. Por supuesto, ella pensó que estaba bromeando, pero cuando volví a hacerlo al cabo de dos semanas, como Dios manda y con un anillo, aceptó. Nos casamos seis meses después.

Estuvimos casados cuatro maravillosos años hasta que el mundo que nos rodeaba se desmoronó. El mundo tal como nosotros lo conocíamos desapareció, y nos dejó a todos perdidos y sin esperanza alguna de recuperar las vidas que nos habíamos acostumbrado a llevar. Diane murió dos semanas después de que abandonáramos nuestra casa.

Me llamo Timothy Stinnot, y si ya es Navidad, tengo veintiocho años. Sí, crecer con la cruz de cumplir años en Navidad es tan horrible como se piensa. Pasé toda mi infancia recibiendo exactamente un regalo más que mi hermano menor y viendo cómo él celebraba lo que en esencia era una segunda Navidad sólo unos meses después. Para un niño no es fácil superar ese tipo de celos. Lo más probable es que Justin ya esté muerto; no tengo forma de averiguarlo. Hay días en los que también siento celos de él por ello.

Cuando éramos críos, mi padre –cuya muerte también he de suponer– nos repetía a menudo: «Si hoy no, entonces, ¿cuándo?» Solía emplear esa coletilla conmigo para que ordenara mi habitación o cuando eludía cualquier otra tarea. La verdad es que nunca me dio ningún consejo que no estuviera directamente relacionado con algo que él quería que yo hiciera en aquel momento. En el fondo sólo era otra manera de decir: «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.» Sólo que su frase era más pegadiza. Por supuesto, a estas alturas ya he modificado el dicho para adaptarlo a los tiempos que corren. Ahora es: «Si ahora mismo no, entonces, ¿cuándo?»

En este momento, nadie te garantiza que haya un «mañana».

Debería estar durmiendo. Por el contrario, estoy sentado junto a la ventana, mirando la tienda de comestibles que hay al otro lado de la calle y escuchando la respiración de Alicia, que duerme tendida en el suelo a mi lado. Me fijé en la tien-



da cuando llegamos aquí a primera hora de la noche. Al carajo con la máxima de papá, ya estaba demasiado oscuro para intentar nada, así que ni siquiera se lo comenté a Alicia; tal vez porque quería darle una sorpresa, o tal vez sólo fuera porque no quería decepcionarla. Pero no puedo dejar de fantasear con lo que podríamos encontrar en ese edificio ajado y abandonado.

«Mañana.»

De modo que debería estar durmiendo, y sin embargo, estoy aquí sentado, en este apartamento desierto, rodeado de basura y de enseres con los que no valía la pena cargar cuando los propietarios se marcharon. Alterno la contemplación de la tienda con la del silencioso subir y bajar del pecho de Alicia dormida.

No es la mujer más bella del mundo, o al menos no lo habría sido... antes. Ahora hay muchas posibilidades de que lo sea. Rubia y flaca, de complejión masculina, es el polo opuesto de Diane y para nada el tipo de chica con el que habría salido en mi vida anterior.

¿Habéis oído hablar alguna vez del síndrome de Pitufina? Pitufina era la única hembra entre los pitufos de los dibujos animados infantiles del mismo nombre. El síndrome determina que cuando un grupo de hombres sólo dispone de una hembra, acabarán encontrándola atractiva por mucho que no se hubieran sentido atraídos por ella en el caso de que hubiera otras hembras. El deseo masculino de procreación se apodera de la mente del macho y lo fuerza a considerar a la única hembra disponible tremendamente deseable.

Yo deseo muchísimo a Alicia.

Cuando Diane todavía vivía, yo solía pensar que nunca podría estar con nadie más si alguna vez le pasaba algo. Sé que es algo que la gente hace continuamente, pero yo no me imaginaba con otra mujer. Me parecía un acto de traición absoluta. Eso era, por supuesto, antes de que Diane muriera. Jamás había tenido en cuenta lo que sería sentirse completa y absolutamente solo... lo doloroso que era y hasta qué punto ese dolor podía hacerte ansiar crear un vínculo con alguien.

Al principio formábamos el grupo seis personas: cinco tíos más Alicia. Me uní a ellos hace unos seis meses, casi uno después de haber perdido a Diane. Alicia y yo llevamos juntos dos meses. Adivinad qué ocurrió con los demás.

Estaba David Nunca-Supe-Su-Apellido; duró diez días con

sus noches: doblaba una esquina mientras huíamos de la ciudad cuando los muertos vivientes lo pillaron. Los entretuvo el tiempo suficiente para que el resto pudiéramos escapar.

He de reconocer que desde entonces intenté no marchar al frente del grupo. Ahora que sólo quedamos Alicia y yo me prodigo más; aun así, no es algo que haga con frecuencia. Una de las cosas que más me gustan de ella es su fuerza, y su valentía. Ella tiene unas cualidades que yo ni siquiera me atrevería a afirmar poseer. A pesar de que a veces tengo la impresión de que está bajo mi protección, en realidad nos protegemos mutuamente. En ocasiones me pregunto lo que diría ella al respecto.

Los gemelos Carson duraron un poco más que David. Estábamos en el aparcamiento de un concesionario de automóviles de segunda mano, intentando trasvasar gasolina de los coches y de los camiones para llenar el depósito de una furgoneta de la que nos habíamos apropiado. Para entonces ya sólo quedábamos cuatro, y tal vez deberíamos habernos decantado por un automóvil con mayor autonomía, pero supongo que querríamos un vehículo en cuyo interior pudiéramos dormir todos.

Un caminante que había permanecido escondido debajo de un Ford Taurus destruyó las piernas de Carson Primero (así lo llamaba yo cuando tenía que dirigirme a él por un nombre). Ignoro si el caminante se había ocultado allí a propósito o si había acabado debajo del coche por casualidad. Sea como fuere, Carson Primero tenía las piernas hechas puré, y todos supimos al instante que estaba perdido. Todos conocemos ya las consecuencias de una mordedura.

Carson Segundo... Creo que era Segundo... Ahora que lo pienso, podría haberlos intercambiado en la historia que estoy contando (sucede continuamente). No importa... Como decía, Carson Segundo vio a su hermano triturado, desangrándose tirado en el asfalto, gritando de un modo escandaloso, y simplemente perdió la cabeza. A lo mejor fue por eso que ocurre en los gemelos, que sienten en sus propias carnes el dolor del hermano, pero Segundo se puso a aullar a aquella cosa como un poseso, que es algo que no se debe hacer bajo ningún concepto; rajarse los puños y frotar las heridas en uno de ellos tiene los mismos efectos que recibir un mordisco. Alicia, James y yo le gritamos que parara e intentamos hacerle ver la que se le avecinaba. Sus gritos y su histeria habían atraído la atención sobre él... ese tipo de atracción que hace que acabes muerto.

Nosotros tres salimos corriendo mientras Carson Segundo era despedazado a dentelladas. James y Alicia no habían presenciado tantas escenas de aquel tipo como yo, y apenas hablaban en los días que siguieron.

James y Alicia estaban prometidos. Ambos eran jovencísimos; debían de rondar la edad que Diane y yo teníamos cuando nos casamos. Antes de que este maldito mundo se fuera a la mierda, estaban enamorados.

Sólo pensar en ello me saca de quicio: solos los tres... y ellos abrazándose y apoyándose continuamente; durmiendo con sus cuerpos entrelazados, robándose mutuamente la respiración durante toda la noche, mientras yo quedaba al margen; la peor situación de carabina de toda la historia de la humanidad. Yo todavía estaba destrozado por la pérdida de mi mujer, y allí me teníais, atrapado con dos tortolitos en toda regla. No se me había ocurrido pensar que este infierno en la Tierra pudiera ser peor de lo que ya era, pero la visión de esos dos tan enamorados el uno del otro conseguía que me lo pareciera.

El día en que murió James, él y yo habíamos estado buscando medicamentos para Alicia, que llevaba casi una semana enferma. Habíamos estado fuera todo el día, y ya había empezado a anochecer cuando emprendimos el camino de regreso. Yo iba absorto en mis pensamientos, lamentándome por las interminables semanas que probablemente me quedaban como testigo del amor entre James y Alicia, viendo cómo él cuidaba de ella, cómo satisfacía cualquier necesidad de Alicia, recordándome lo solo que estaba yo, lo mucho que echaba de menos a Diane.

En una fracción de segundo todo eso se esfumó. Cuando los caminantes irrumpieron y se apelotonaron a su alrededor, yo me quedé mirando, incapaz de rescatarlo mientras lo despedazaban. En un abrir y cerrar de ojos, James había dejado de existir.

Podría haber afirmado que mis plegarias habían sido escuchadas, pero entonces habría tenido que detenerme a pensar en quién les había prestado oído.

«Lo han cogido» fue todo lo que pude decir a Alicia cuando regresé a nuestro campamento. Se recuperó de su enfermedad al cabo de un par de días sin necesidad de los medicamentos, pero no dejó de llorar hasta mucho después.

Según pasaba el tiempo, se alargaban los períodos entre los

ataques de llanto, y empezamos a conversar sobre las cosas por las que cada uno de los dos había pasado. Yo no podía hablar de la muerte de James sin llorar, supongo que porque había estado muy cerca de correr la misma suerte. Había visto cómo Diane era descuartizada delante de mí, cómo lo eran todos los demás, y ahora James. Era demasiado. Ambos teníamos el corazón hecho añicos. Éramos dos personas solas que compartían el dolor por lo que habían perdido. Ahora sólo nos teníamos el uno al otro.

Tras la muerte de James empecé a fijarme en cosas de Alicia en las que no había reparado hasta entonces: en la punta de su nariz y en que ésta estaba ligeramente torcida, en la marca en el centro de su labio inferior, en la manera en que se le quebraba una pizca la voz cada vez que se entusiasmaba por algo. No había televisión, ni películas, de modo que mi obsesión por Alicia se había convertido en mi principal –mejor dicho, único– entretenimiento.

Solos los dos, charlábamos; durante horas, día sí y día también, sobre nada en particular. Yo le hablaba de Diane y de cuánto había significado para mí, y ella me contaba cómo había conocido a James en el campus de la universidad. Yo le explicaba cosas de la terrible infancia de mi madre y le relataba las historias que yo había oído de niño por su boca cuando me quejaba de absolutamente todo, y ella me hablaba de la afeción cardíaca de su hermana, de los largos viajes al hospital y de cómo mataba el tiempo en la sala de espera. No conversábamos de temas demasiado triviales ni entrábamos en detalles demasiado personales. Lo único que teníamos era tiempo, así que charlábamos.

Ahora la miro, durmiendo en el suelo tendida a mi lado, y me doy cuenta de que nunca había conocido de un modo tan profundo a nadie. Incluso Diane guardaba algún secreto. Pero cuando el mundo está desmoronándose a tu alrededor, los secretos se convierten en un artículo de lujo más al que hay que renunciar... de lo contrario se corre el riesgo de que mueras por ellos.

Me resulta extraño sentir que estoy volviendo a enamorarme. Mi dolor por la pérdida de Diane se ha transformado en algo que siento como un afecto sincero por Alicia. Pero ¿se trata de un sentimiento real? ¿De verdad la amo tanto como amé a Diane? ¿O simplemente la necesidad de compañía es tan intensa que encontraría la manera de amar a cualquier mujer?

¿No será tan sólo otro caso del síndrome de Pitufina?

De ser así, me da igual. Mi primer pensamiento al despertarme cada mañana desde hace dos meses tiene como protagonista a Alicia: «¿Estará bien?» «¿Será feliz?» «¿Tendrá miedo?» «¿Estará cansada?»

Mientras estoy aquí sentado, observando cómo sube y baja el pecho de Alicia con su respiración, dejando escapar cada vez un débil atisbo de ronquido, caigo en la cuenta de que mis pensamientos relativos a la tienda de ultramarinos han pasado de un «¿Qué encontraré que me guste?» a un «¿Qué encontraré que le guste a Alicia?». «¿Qué comida le gustará?» «De todo lo que hayan abandonado otros supervivientes, ¿qué cosas le harán ilusión?»

Siempre en el caso de que quede algo en la tienda.

Pero no puedo malgastar energía pensando en eso. Tengo que ser optimista. Tengo que dormir. Mañana iremos a la tienda y veremos qué queda.

Cuando llegamos aquí ya estaba anocheciendo, y sólo tuvimos tiempo para comprobar que el apartamento era seguro. Durante el ajetreo al prepararnos para la caída de la noche, ella ni siquiera se dio cuenta de que se veía la tienda desde la ventana. Alicia no es consciente de las posibilidades que se nos ofrecen para mañana; por eso mismo ella se ha dormido al instante y yo sigo despierto, obsesionado con lo que podríamos encontrar en la tienda.

Tal vez aún haya galletitas saladas. Sé que le encantan, y todavía se conservarán relativamente comestibles; como mucho estarán un poco rancias... Esas cosas nunca se ponen malas. Mañana lo averiguaremos.

Mañana.

—¿La habías visto?

La pregunta me despierta. Alicia está de pie junto a la ventana, mirando abajo. Debería haber corrido las cortinas porque así, cuando ella las hubiera abierto, me habría despertado y habría tenido tiempo para ver el agradable gesto de sorpresa en sus labios. Pero ya es tarde; la alegría de la novedad ha desaparecido. Aun así, su rostro irradia la esperanza y el entusiasmo de la expectativa. Adoro la manera que tiene de entusiasmarse con las cosas a pesar de la muerte y las calamidades que nos rodean.

—Quería darte una sorpresa —respondo.

—¡Ah! Eres un encanto.

Su rostro radiante se ensombrece mientras me apremia para que me levante de nuestra cama improvisada. No sé por qué, pero incluso encuentro su impaciencia adorable.

—¡Vamos, prepárate! Me muero por ver qué hay dentro —dice mientras tira de la sábana andrajosa apresada bajo mi cuerpo.

Encontrar ropa no es ningún problema; no me refiero, claro está, a prendas que se ajusten como un guante a nuestro cuerpo. Hay montones de prendas que nos quedan ligeramente más holgadas o estrechas. Carecemos de los medios para lavar la ropa, así que nos cambiamos prácticamente todos los días y nos ponemos la ropa que vamos encontrándonos para intentar mantener una higiene dentro de nuestras posibilidades.

Alicia se cepilla el pelo constantemente, no tanto por coquetería como por evitar que la cabellera se le convierta en una maraña de pelos enredados. Llevamos con nosotros un botecito de champú, pero sólo lo utilizamos una vez a la semana. Establecí esa regla porque Alicia gastó el último bote en menos que canta un gallo.

No puedo culparla por querer estar limpia. También abusa de la pasta de dientes. El tubo ya casi está vacío y no hace ni un mes que lo tenemos. Yo, como mucho, cubro de dentrífico un cuarto de la superficie de cerdas del cepillo de dientes cuando me los lavo. Ella la cubre toda, como si se pudiera bajar a la tienda de la esquina y comprar un tubo nuevo cuando se acabara el que tienes. Tengo que acordarme de buscar pasta de dientes cuando entremos en la tienda de ultramarinos. Y ¡jajá! Y, por supuesto, champú.

Me aprieto el cinturón para que no se me caigan los vaqueros dos tallas más grandes que llevo puestos y que, lo reconozco, no me he cambiado desde hace casi tres semanas. Para todo lo que hemos andado, parecen estar bastante limpios. Los únicos pantalones que he encontrado aparte de éstos me estaban un poco pequeños. Los llevé durante todo un día y fue espantoso. Registraré este apartamento en busca de pantalones antes de marcharnos. En cuanto a las camisetas, tengo un montón. A menudo desecho algunas antes incluso de habérmelas puesto en favor de otras nuevas que voy encontrando. Me quedo con las más feas porque éstas siempre arrancan una sonrisa

de los labios de Alicia. Tengo una de color rosa chillón con el lema «No te preocupes, sé feliz» de la que nunca he conseguido deshacerme pese a la cantidad de veces que me la he puesto.

–Dame un momento para atarme los cordones de los zapatos y nos vamos –digo.

Alicia se planta delante de mí y hace un mohín de impaciencia fingida. Ella siempre duerme con los zapatos puestos por si acaso alguna vez tenemos que salir por piernas. Es una práctica que ha tratado de inculcarme, pero es que yo no puedo dormir si no me quito los zapatos. Me mira mientras yo pongo los ojos en blanco y me ofrece una barrita de frutas.

–¿Has comido algo? –me pregunta mientras me ato el cordón del otro zapato.

–Prefería esperar hasta inspeccionar la tienda antes de comer nada. No querría echar a perder mi apetito.

Alicia me dedica un gesto de negación con la cabeza.

–Ya sabes que ésa nunca es una idea buena.

Tiene razón. Estoy seguro de que mucha gente ha entrado precipitadamente en ese tipo de tiendas buscando algo de comer y lo único que ha conseguido es acabar devorada. Podríamos toparnos con cualquier cosa allí abajo, incluida una horda de caminantes. Nunca es una buena idea acometer una tarea arriesgada con el estómago vacío.

Me como una barrita de arándanos. Está rancia y me cuesta masticarla, pero no tenemos nada mejor. Después de tragarme el último bocado, nos encaminamos a la tienda de ultramarinos.

Es muy raro que encontremos puertas.

Por el motivo que sea –y que yo desconozco– ya no quedan demasiadas puertas que no hayan sido arrancadas de sus goznes. Casi todas las puertas con las que me he topado desde que empezó esto tienen al menos una bisagra reventada. Sobre todo en lugares como las gasolineras y las tiendas de comestibles.

Muy al principio se produjeron robos, antes de que la población empezara a menguar en serio. A veces pienso que hay más posibilidades de encontrar una cantidad importante de víveres en una casa abandonada que en una tienda de ultramarinos; todas han sufrido un... ¿saqueo? Creo que ésa es la palabra que estaba buscando. Se han saqueado todos los lugares

que se caracterizan por almacenar comida. Supongo que un buen montón de las puertas arrancadas de sus goznes datan de la época en la que se produjeron esos asaltos.

En consecuencia, el interior de muchos locales es muy peligroso. Los caminantes pueden entrar y salir de ellos a su antojo. Da la impresión de que a muchos de ellos les gusta permanecer dentro, como si les atrajeran los espacios cerrados; tal vez se deba a que, en vida, la mayoría habían pasado buena parte de su tiempo metidos entre cuatro paredes. En realidad desconozco el motivo, y la verdad es que no me importa demasiado. Lo único que sé es que cuando exploras una tienda como en la que Alicia y yo estamos a punto de entrar, hay que ser muy cauto.

Los gemelos Carson llevaban armas de fuego. No sé si las tenían de antes o si las encontraron después. Tampoco me fijé nunca en qué tipo de armas eran. A fin de cuentas, eso ahora es irrelevante, pues cuando los gemelos murieron, sus armas desaparecieron con ellos.

Nunca he disparado un arma. La verdad es que nunca me he sentido capacitado para manejar una. Creo que si tuviera un arma, tendría muchos números para dispararme en el pie, o quién sabe si para algo aún peor. Las armas no son juguetes; de hecho, apenas hay que presionar levemente el gatillo. Al menos eso he oído.

Tengo la sensación de que todo el proceso que rige su uso escapa a mi capacidad de comprensión: apuntar, mantener el pulso firme, disparar... Parece tan simple... Quizá sea que yo pienso demasiado. ¿Acaso no hay que montar la mayoría de las armas de fuego? ¿No requieren una limpieza regular para que no se encasquillen? He visto películas en las que la gente desmonta las armas y se pone a limpiarlas, y dentro de ellas hay todo tipo de resortes y demás chorradas. Eso me desconcierta. ¿Se supone que tengo que saber desmontar un arma y volver a montarla? Ni hablar del peluquín.

Y luego está el ruido que hacen, y que está en lo más alto de la lista de cosas que atraen a los caminantes. Disparar un arma es como tañer la campana para anunciar la hora de la cena. Tal vez os estéis preguntando: «Bueno, entonces, ¿cómo los atacas?» Simplemente no lo haces. Al menos yo. Yo corro. Cualquiera con dos dedos de frente corre. Si veis un caminante, dad la vuelta e id en sentido opuesto. Si no os ve, seguid ca-



minando –ni siquiera apretéis el paso– y no os pasará nada. Si le disparáis, os encontraréis rodeados de más caminantes, y ya podéis daros por muertos.

Las armas de fuego simplemente no son prácticas.

De modo que si os veis en medio de un grupo nutrido de caminantes, tanto si tenéis armas como si no, estáis muertos. No tiene vuelta de hoja. El único motivo por el que os lamentaréis de no tener un arma de fuego será que no podéis pegaros un tiro antes de que ellos os devoren.

Ésa es otra razón por la que no llevo ninguna encima: sé que, llegado el caso, tendría la tentación de hacer exactamente eso, y desde que tengo uso de razón me han dicho que el suicidio es un billete sólo de ida directo al infierno. No es que yo crea en esas cosas, pero, por si acaso, no me arriesgo, o al menos eso he hecho hasta ahora. No sé si sigue siendo un tema del que yo deba preocuparme.

Yo llevo un cuchillo. Os sorprendería lo fácil que resulta hundir un cuchillo en el rostro de los caminantes. Si se acercan demasiado, o si no los ves hasta que ya los tienes prácticamente encima –lo que me ha ocurrido, para ser exactos, una vez–, les acuchillas en el rostro. En mi única experiencia no lo maté al momento; más bien, clavándole el cuchillo en la cabeza, me procuré la oportunidad de alejarme de la cosa. No son demasiado fuertes. Lo derribé y le hurgué con la hoja hasta que le produje el estropicio suficiente en el cerebro para que dejara de moverse.

Alicia es de esa clase de mujeres que puede definirse como menudas, así que a nadie se le ocurriría jamás que pudiera sacar partido de un bate de béisbol, y sin embargo, es el arma que ha elegido. El hecho es que no es imprescindible golpear a los caminantes en el cerebro. La idea es hacerles perder el equilibrio, y Alicia es un as en eso. Les atiza en la cabeza con el bate y acto seguido están tirados en el suelo aturdidos y desorientados, y para cuando se orientan ya estamos lejos.

Alicia marcha delante, y sólo se vuelve hacia mí justo antes de entrar en la tienda, haciéndome un gesto para que me mantenga callado, como si yo no supiera ya que hay que guardar silencio. Todas las ventanas de la tienda están hechas trizas y hay cristales por todo el suelo, de modo que no hacer ruido se antoja una misión casi imposible. Si dentro hay algo, lo sabremos en seguida. Y a la inversa.

La luz del día ilumina tenuemente el interior de la tienda de comestibles. La parte delantera de la tienda se nos muestra con nitidez, pero todo lo que hay más allá queda rápidamente sumido en la penumbra, sobre todo mientras nuestros ojos se ajustan al brillo del sol del mediodía. Nunca he entendido por qué este tipo de locales sólo tienen ventanas en la parte delantera.

La tienda es pequeña; no es uno de esos populares hipermercados. Está avejentada, desfasada; parece datar de finales de los años setenta; pertenece a esa clase de comercios cuyo aspecto no ha ido evolucionando con el paso de los años. En otro tiempo habría odiado comprar en esa tienda. Me habría hecho recordar mi infancia, y me habría deprimido. Es el tipo de lugares que a Diane le gustaban. Ella lo habría definido como «nostálgico».

–Saca tu linterna –susurra Alicia.

Parece que voy a quedarme en la retaguardia. A mí ya me está bien; os aseguro que prefiero que Alicia no se exponga a los riesgos más peligrosos. Yo soy más rápido que ella corriendo. Eso es lo único en lo que sé que la supero.

En lugares como éste, el hecho de encender la linterna no pone fin a mi angustia. Me he detenido junto a un muro de oscuridad y revuelvo con dedos nerviosos el interior de mi mochila en busca de la linterna. Cuando al fin la saco, restan esos escasos segundos que median entre que la enciendo y apunto hacia lo que voy a ver.

Esos segundos me aterrorizan.

No hay forma de predecir lo que mostrará la luz de la linterna. Ahí delante podría haber una docena de caminantes, aguardando pacientemente para informarme de que ya no queda ningún tesoro a la espera de ser encontrado y de que pronto estaré muerto.

Estantes vacíos en su mayor parte.

Eso es lo que veo. Supone un alivio a la vez que una decepción enorme. Este lugar ha sido arrasado.

Alicia me llama; ha encontrado un poco de cecina de ternera. Es una de las cosas que la gente suele llevarse antes, pero en este caso, el paquete se había caído detrás del mostrador de una caja de cobro. Encuentro un bote abierto de Pringles cerca de un montón de otros botes pisoteados. Me las comería por muy rancias que estuvieran, pero es probable que dentro esté lleno de bichos, o peor aún, de ratones.

Al fondo de la tienda, apuro el tiempo necesario para examinar las estanterías. La sección cárnica está al final. Según se avanza por los pasillos se intensifica el hedor a putrefacción. A cada paso pienso: «Ya no puede ser peor...» Hasta que doy otra zancada.

Nadie se ha llevado la carne de ninguno de los lugares que hemos visitado; la falta de refrigeración imposibilita su conservación. Dudo que alguien se haya llevado más de un paquete de carne de las tiendas. La carne simplemente permanece en la penumbra y se pudre. Incluso los animales saben que no deben comerla transcurrido cierto tiempo, y se limitan a destruir los envases y liberar el hedor.

Aquí dentro huele peor que los propios caminantes. Uno podría pensar que después de algún tiempo acabas acostumbrándote a los olores del mundo actual. Sin agua corriente, el tufo a muerte flota en el aire a la vuelta de cada esquina. Os aseguro que no es de ese tipo de olores a los que uno acaba acostumbrándose. Pasamos tanto tiempo al aire libre que es imposible que desarrollemos una tolerancia. El lado positivo de esto es que nos permite oler a los caminantes antes de verlos.

Claro que si te encuentras cerca de una nevera llena de carne podrida desde hace meses al fondo de una penumbrosa tienda de comestibles, podrías tener a uno de ellos prácticamente al lado y ni te enterarías.

Yyo no me he enterado.

Avanza pesadamente con los brazos extendidos hacia mí con esa intención de agarrar algo a ciegas que es común en ellos. Yo retrocedo rápidamente, pero con cuidado de no arrinconarme... Me ha ocurrido tantas veces que sería un idiota si permitiera que se repitiera.

El caminante se dirige hacia mí, dobla la esquina y enfila en mi dirección desde el final del pasillo de los cereales, y yo sólo puedo pensar en Alicia.

—¿Todo bien por ahí? —grito hacia ella.

—¡Ah, Dios mío, Timothy!

Alicia recorre a la carrera uno de los pasillos detrás de la cosa, directa hacia nosotros. No la veo, pero oigo sus zancadas acudiendo en mi rescate.

—¡Estoy bien! ¡Quédate donde estás! ¡No...!

Sus chillidos no me dejan acabar la frase. Otro caminante se ha abalanzado sobre ella.

Yo continúo forcejeando con mi caminante para mantener alejados de mí sus dientes rechinantes, y al cabo consigo hundirle el cuchillo en el cuello. Yo había apuntado a su rostro, pero no tenía tiempo para entretenerme buscando un tajo mortal. Aparto su cuerpo y corro hacia la voz de Alicia. Todavía no estoy muy seguro de dónde está. Me deslizo por los pasillos buscándola, pero está más lejos de lo que había creído.

Doblo la esquina y lo único que veo es una masa de oscuridad oscilante. ¿Estará Alicia debajo? ¿Estará encima? ¿Estará?

Sólo oigo los gruñidos de un forcejeo. No puedo concluir inmediatamente que provengan de ella, pero entonces... sí, es ella. A medida que me aproximo al núcleo de la pelea inclino la cabeza, consciente de lo que voy a hacer. Abro los brazos y realizo un placaje a la bestia. Lo arranco de Alicia y la cosa y yo nos alejamos de ella rodando por el suelo. Os juro que oí el crujido de huesos que se rompían con el impacto, como si estuviera demoliendo al monstruo. Me temo que sólo es producto de mi imaginación. Mientras giro para ponerme encima de él, la seguridad de Alicia sigue siendo mi única preocupación, y en ningún momento soy consciente de que estoy luchando con un caminante sin idea alguna de dónde queda su boca ni del peligro que corro de que me muerda.

Noto sus dedos arañándome el muslo, y mi instinto me anima a huir, pero entonces ya estoy atrapado: me ha clavado sus dedos mortales alrededor de la pierna y del brazo. Lo aporreo con todas mis fuerzas con el brazo y la pierna que tengo libres, y ni siquiera sé qué estoy golpeando. De repente me doy cuenta de que tengo los ojos fuertemente apretados, así que los abro justo a tiempo para ver a Alicia, bañada por el sol, descargando el bate de béisbol contra la cabeza del caminante.

Le rompe la crisma de un solo golpe. Mi brazo y mi muslo quedan liberados... Alicia me ha rescatado. Está de pie delante de mí, con el bate en las manos, observando al caminante –ahora muerto para siempre–, que yace en el suelo.

Ella se desploma casi al punto.

–¡Alicia!

No me responde. Yo apenas me sostengo en pie.

–¿Te ha mordido? –Me arrastro hacia ella. Permanece oculta en la oscuridad. No veo sangre. No sé si está herida o si su cuerpo desnutrido no da más de sí después de todo el desgaste físico previo. Sea como fuere, tengo que llevarla donde pueda

verla, hasta la calle, donde estaremos seguros y habrá luz. Empiezo a arrastrarla frenéticamente hacia la luz; no tengo tiempo para levantarla... podría haber más de ellos.

A mitad de camino hacia la salida me acuerdo de los cristales rotos de la parte delantera de la tienda, así que me dejo caer sobre las rodillas y acomodo el cuerpo de Alicia contra mi regazo; en el proceso estoy a punto de derribar una estantería cercana en la que me apoyo para coger impulso y volver a levantarme. Me parece oír unos crujidos mientras avanzo arrastrando los pies hacia el exterior de la tienda; pero sólo ha sido producto de mi imaginación, y no hay más caminantes... espero.

Una vez en la calle, tumbo delicadamente a Alicia sobre el pavimento. Le examino la cara; no hay sangre. La camiseta; nada. Los pantalones; lo mismo... Pero la tela está desgarrada, y es posible que Alicia tenga un arañazo o un mordisco superficial del que casi no haya brotado sangre. Le quito los zapatos sin apenas esfuerzo, pues los cordones no se han desatado ni vuelto a atar en todo un día. Bajarle los pantalones por las caderas es otra cosa. Siempre se empeña en llevar vaqueros ajustados, o al menos lo más ajustados que encuentra. Alega que no quiere correr el riesgo de engancharse los pantalones durante una huida, pero yo opino que la moda es el último residuo de la civilización al que está dispuesta a renunciar. Se despierta cuando empiezo a levantarle la camiseta y me ayuda a quitársela.

No tiene ningún rasguño; debe de haberse desmayado de agotamiento tras la pelea. Me sonrío, y la tensión del momento se desvanece. Empezamos a recuperar la sensación de seguridad.

—¿Cómo estoy? —pregunta.

Suena cursi, pero le respondo lo primero que me viene a la cabeza:

—Perfecta.

Semidesnuda, absolutamente vulnerable, en mitad de la calzada justo enfrente de la tienda de comestibles bajo el sol del mediodía, Alicia se incorpora y me tumba de espaldas de un empujón.

Inspeccionar mi cuerpo en busca de heridas es una mera formalidad. Tengo conocimiento de al menos dos casos en los que la descarga de adrenalina y la conmoción provocadas por

un ataque han evitado que una persona se diera cuenta de que había sido mordida hasta transcurridas varias horas. Yo no he visto algo así con mis propios ojos, pero no me gusta correr riesgos. Riendo para sus adentros mientras se pelea con mis zapatos para quitármelos, Alicia empieza a desnudarme. La urgencia del momento ha desaparecido, y se toma su tiempo. Se dispone a desabotonarme los pantalones mientras yo me quito la camiseta. Le sonrío.

—Ahí no hay nada que ver —le digo.

Y sobrevivimos. Una vez más. Ha sido el tercer encuentro con los caminantes del que nos hemos salvado por los pelos juntos.

Parece ser que nos damos buena suerte mutuamente.

La miro a los ojos y me devuelve la sonrisa aliviada. No existe una sensación más excitante que la de encontrarse sano y salvo justo después de escapar de un peligro doblemente mortal.

Intento levantarme con la idea de vestirme y regresar a la tienda a buscar mi cuchillo, pero Alicia tira de mí hacia ella y me besa, y cualquiera que sea el peligro al que me he expuesto por ella, esto hace que valga la pena. Si tuviera un tajo enorme en forma de mordedura sanguinolenta en el tobillo, querría decir que en cuestión de horas estaría muerto, y aun así valdría la pena. Ella me besa; yo la beso, y aunque mi instinto me reclama a gritos que pare, continuamos besándonos con más impaciencia y con más pasión.

No puedo evitar cuestionar sus intenciones.

—¿Aquí mismo? —pregunto.

Me dice que me calle.

Curioso; eso es justo lo que quería decirme yo.

Hay una gran variedad de peligros, de una u otra naturaleza, que podrían sorprendernos en mitad de la calle. Una vez estábamos vigilando una gasolinera rodeada de caminantes, estudiando la manera más segura de entrar, cuando una banda de maleantes llegó en un camión enorme. Recuerdo a una mujer de aspecto mezquino que, armada con una espada, acabó con todos los caminantes sin casi ayuda mientras el resto de los individuos de su pandilla se colaba en la tienda de la gasolinera y la saqueaba. Se me ponen los pelos de punta cada vez que pienso qué habría ocurrido si nos hubieran encontrado dentro. Os aseguro que no tenían pinta de ser ese tipo de personas

a las que te alegras de conocer. Así son las cosas ahora: toparse con otro grupo de supervivientes es tan peligroso como hacerlo con uno de caminantes. Es imposible predecir la reacción de las personas vivas. Al menos los caminantes son previsibles.

No quiero ni pensar en lo que podría sucedernos si alguien apareciera caminando por la calle ahora mismo, así que no lo hago. Alicia y yo nos abstraemos del mundo. Desconozco qué lo ha provocado... tal vez el hecho de que se haya despertado mientras estaba desnudándola, descubrirme inmerso en la tarea y mi obsesión por su bienestar, o quizá la excitación general derivada de la terrible experiencia. Sea lo que fuere, me da igual.

Sólo es la segunda vez que hacemos el amor.

Diane, por favor, perdóname.

A lo mejor estáis pensando en lo incómodo que resultaría mantener relaciones sexuales en mitad de una calzada sembrada de cristales rotos, al aire libre y junto a una tienda de comestibles arrasada. No le deis más vueltas. Esta carretera rural ya tiene vastos tramos cubiertos de hierbajos que han brotado por entre las grietas del asfalto y de pequeñas zonas de césped mullido que crecen en medio del duro pavimento. Entre eso y la ropa que nos hemos quitado, no se está tan mal.

Cuando acabamos, tengo la mente acelerada. De lo único que no hemos hablado nunca es de lo que ella siente realmente por mí. Pasamos todo el tiempo que estamos despiertos juntos, pero sólo porque no nos queda otro remedio. Si hubiera alguien más con quien hablar, quizá me relegaría a un segundo plano. O tal vez lo hiciera yo, aunque lo dudo.

No. Esto es real. Sus ojos cuando me mira: eso es amor de verdad. Puede ser que yo ignore muchas cosas, pero conozco el significado de esa mirada. Tal vez su amor por mí no sea tan intenso como el que yo siento por ella... pero existe.

Puedo asegurarlo.

Alicia me ama.

«¡Me ama!», pienso para mis adentros, al principio exaltado, aunque inmediatamente abrumado por la carga que representa reconocer oficialmente que mantengo una nueva relación con una mujer tras la pérdida de Diane, acontecida hace menos de un año. Mi cabeza echa humo mientras me encamino

de regreso al interior de la tienda para recuperar mi cuchillo. No me puedo permitir el lujo de dejarlo allí.

Tras la muerte de Diane me había resignado a no volver a enamorarme. He aprendido a convivir con ello. Me acuerdo de ella, y eso me pone triste. Ésa era mi carga, el dolor que arrastraba en mi interior. Creo que yo le gustaba a Alicia, y que estaba conmigo porque era lo único que tenía al alcance de la mano. Entre mis brazos había encontrado consuelo, y yo me conformaba con que la cosa siguiera tal como estaba.

Sin embargo, esto es algo completamente distinto, algo que dota de realidad la relación. Ella está superando lo de James y yo, lo de Diane. Y ambos sentimos algo el uno por el otro. No puedo tomármelo a la ligera; debo tratarlo con respeto. Alicia merece que así sea.

Merece saber la verdad.

En la zona había un puñado de casas y aún quedaba mucho día por delante. Decidimos explorarlas en busca de más provisiones. A lo largo del día encontramos ropa, otro bote de champú, algo de jabón, pasta de dientes y un batiburrillo de alimentos: latas de sopa, galletas saladas y toda una variedad de productos bien conservados y comestibles, eso sí, siempre y cuando estuvieras muriéndote de hambre.

Había unos cuantos caminantes merodeando por los alrededores, tanto entrando en las casas como dando vueltas en torno a ellas, pero los descubríamos con la antelación suficiente para evitarlos sin mayor sobresalto. Dado lo distraído que yo estaba, eso suponía un pequeño milagro. No podía dejar de pensar en lo que le tenía que contar a Alicia, en lo que iba a decirle por la noche. Cuando regresamos al apartamento del otro lado de la calle donde estaba ubicada la tienda de ultramarinos, la oscuridad ya nos envolvía.

Lo que llevaba rondándome la cabeza todo el día –lo que tenía que decirle– era el modo en el que James había muerto.

Cuando James murió, ya llevábamos semanas los tres solos: James, Alicia y yo. Yo echaba terriblemente de menos a Diane, y el dolor que me había causado su pérdida seguía atormentándome. Trato de disculparme repitiéndome que ése no era yo.



Sólo quería que las cosas volvieran a ser como antes, y darme cuenta de que eso ya nunca sería posible me puso más furioso de lo que lo he estado jamás en toda mi vida.

Se dice que la gente, cuando está afectada por un profundo dolor, es capaz de hacer cosas que no haría en ninguna otra circunstancia.

Presenciar la muerte de Diane me destrozó. Tuve que contemplar cómo esas cosas la despedazaban sin poder hacer nada para evitarlo. Tuve que ver el terror en sus ojos mientras gritaba pidiendo ayuda momentos antes de que su vida se apagara para siempre. En la actualidad estamos obligados a vivir diariamente unas experiencias que no creo que debiéramos afrontar jamás.

Yo amaba a Diane. Alicia amaba a James. No quería que ella tuviera que experimentar el mismo dolor que había sufrido yo. No quería matar a James.

Pero pensé en ello.

Aquel día, James y yo estábamos solos. Estuvimos solos todo el día. Yo sabía que si él moría, tal vez yo no recuperaría a Diane, pero, en el peor de los casos, ya no tendría que seguir soportando verlos juntos. No tendría que ver, encarnado en ellos, exactamente lo que quería para mí.

Dispuse de varias ocasiones; yo con el cuchillo en la mano y él de espaldas a mí. Ni siquiera tendría que verle la cara. Al final, yo era incapaz. Aquello era excesivo; yo nunca podría llegar tan lejos. No podía matarlo.

Afortunadamente, vivimos en un mundo peligroso.

El día llegaba a su fin. Estábamos charlando, intentando decidir si explorábamos una última casa en busca de medicamentos antes de emprender el camino de regreso.

Los vi aparecer.

Él no.

Hubo un momento, justo cuando los divisó (¡demasiado tarde!), en el que me miró y me pidió ayuda a gritos. En ese instante yo podría haber intervenido y haberlo ayudado a zafarse de ellos. Sin embargo, retrocedí. Todo aquello en lo que había estado pensando durante ese día influyó en la decisión que tomé en esa fracción de segundo.

Inmediatamente me di cuenta de lo que acababa de hacer, y de pronto quise ayudarle, pero entonces ya era tarde; eran demasiados.

James estaba muerto.

Sólo fue un segundo, un breve instante durante el cual el dolor de verlos juntos había alcanzado su punto culminante en mi interior y me había llevado a actuar de esa manera atroz.

Moría gente cada segundo de cada día. La mayoría de las personas que había conocido a lo largo de mi vida probablemente estarían muertas. «¿Qué importa uno más? –pensé—. ¿Qué importa uno más si eso significa que yo seré más feliz?»

¿Qué importa uno más si ella nunca sabrá lo que he hecho?

Pero ahora Alicia me ama, y no puedo continuar ocultándoselo.

Quizá estábamos destinados a estar juntos. Quizá Diane y James estaban destinados a morir. Quizá sus desapariciones eran necesarias para que Alicia y yo nos uniéramos en aras de nuestra supervivencia.

Ahora, en el apartamento, con la luz de la luna inundando la estancia por la ventana abierta, abrazo a Alicia y le digo que la quiero. Ella me responde lo mismo, tal como yo sabía que haría. La contemplo por última vez y tomo una fotografía mental de la Alicia que ignora la fechoría que he cometido.

Entonces se lo cuento todo.

Se lo cuento porque la quiero. So lo cuento porque la respeto. Se lo cuento porque espero que me perdone.

Al acabar, la expresión de su rostro me sorprende. No me mira con rabia, sino con compasión. Me mira como si le hubiera dicho que me he matado, y tal vez sea eso exactamente lo que he hecho. El hombre del que ella se había enamorado era una mentira. Se echa a llorar, y en seguida sus sollozos se tornan en un llanto desconsolado.

No me esperaba los gritos.

–Lo siento –digo.

Empieza a aporrearme el pecho con los puños, pero lo único que soy capaz de decir es:

–Lo siento. Lo siento. Lo siento.

Aguanto el chaparrón; no merezco otra cosa. Su ira no tarda en remitir, y Alicia cae desplomada. La abrazo y lloramos juntos un rato.

Sólo nos tenemos el uno al otro para apoyarnos. Ninguno puede salir adelante solo.

Mientras yacemos juntos en la oscuridad pienso que me ha perdonado. Soy todo lo que tiene en el mundo. No puede odiarme eternamente. El hecho de que se lo haya contado ha de servir de algo, ¿no? Tiene que saber que me arrepiento de lo que hice, y que será algo que me atormentará el resto de mi vida.

Supongo que pasará algún tiempo hasta que todo vuelva a la normalidad en nuestra relación, pero ocurrirá, y entonces nuestro vínculo será mucho más fuerte ahora que no hay secretos entre nosotros.

Tendremos que acostumbrarnos al mundo que nos rodea si queremos sobrevivir. Todo va a salir bien. En eso pienso mientras se me cierran los ojos, con Alicia sollozando entre mis brazos.

El sol del nuevo día se cuele por la ventana abierta y me despierta. A mi lado, las sábanas están más frías de lo que deberían. Alargo el brazo hacia Alicia, pero no está. Abro los ojos y paseo la mirada a mi alrededor.

Se ha ido.

Se ha ido y se ha llevado toda nuestra comida, todas nuestras provisiones y todas nuestras armas.

Lo haya hecho a propósito o no, me ha matado.

No duraré más de cinco días solo.

Para ser sincero, sin ella, ni eso quiero.